

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO. 10 CENTS

AÑO V.

MADRID, 27 DE FEBRERO DE 1910.

NUM. 113.



LA VIDA EXTRAORDINARIA DE UN GALLO HABLADOR

CONTINUACIÓN

A la entrada de palacio, un prójimo gordinflón que lucía un vistoso uniforme con muchos galones dorados, cruces y medallas, muy pagado de su importante papel de portero, atajó el paso al vagabundo, que se ofrecía en un estado deplorabilísimo con su andrajosa indumentaria llena de barro.

Ayuntamiento de Madrid

—¿Dónde vas, pillastre...?

—¡A ver al rey!

—¿Ver al rey...? ¡Tú has perdido la cabeza, galopín...! ¡Ea!, fírgate de aquí más que á paso, no sea que pruebes la punta de mi bota.

—Lo que pierdo—replicó Gerineldo—es la paciencia al oírte. Hace tres días que camino á través del reino para traerla á la princesa lo que ha de curarla. Si no me das paso, me volveré á la plaza y diré al pueblo que tú me prohibes ver al rey porque visto estos andrajos. ¡Como si un mendigo no pudiese salvar á una princesa...!

La altivez que puso el rapaz en su réplica y el temor de que el populacho se alborotara enterando al rey de lo que ocurría, decidieron al portero á cambiar de rumbo y á gruñir:

—Entra, pero sin el violín y sin el gallo.

—Pensaba dejarlos en tu poder. Te advierto que este gallo es preciso para la curación de la princesa Celinda, y tú responderás de él si le ocurre algo durante mi ausencia.

—¡Soberbio es el mocito! ¡No parece sino que es un príncipe disfrazado de mendigo!—mosconeó el hombre colocando el violín y á *Cresta de oro* sobre el rojo terciopelo de una mesa que había al pie de un gran ventanal que daba á un hermoso parterre.

* * *

Calculad, hijos míos, la cara de asombro que pondría el esplendente portero, al ver tornar al vagabundo acompañado del gran chambelán de la corte, un señor respetabilísimo á pesar de su panza escandalosamente curvada y de sus carrillos mofletudos, que parecían dos balones de color escarlata pegados á una nariz.

Gerineldo había entregado á Filanto II los papeles de la conspiración; el rey manifestó dolorosa sorpresa al leer la lista de los conjurados, entre los que figuraban algunos de los próceres más ilustres del reino.

Guardándose los papeles en el bolsillo, dijo al muchacho que, azorado, le contemplaba:

—El servicio que acabas de prestarme merece una recompensa que, por grande que sea, no satisfará á mi gratitud. Desde este momento quedas nombrado paje de mi real cámara, si es que tal puesto te agrada.

—¡Oh, señor!—tartamudeó Gerineldo emocionado.

—En el guardarropa te proveerán del traje adecuado á tu empleo.

Como reflejase el rostro del nuevo paje la incertidumbre del que desea y no se atreve á pedir una cosa, el rey, con bondadosa sonrisa, le advirtió:

—Cuanto quieras ó necesites de mí, estoy pronto á concedértelo.

—Señor, sólo os pido como gracia que me deis permiso para tener en mi compañía á *Cresta de oro*.

—¿*Cresta de oro*...? ¿Algún camarada tuyo...?

—Señor, es el gallo...

Gerineldo iba á añadir: "que ha descubierto la conspiración", pero se detuvo al recordar la advertencia que el animalito le había hecho.

—¡Un gallo...! Extraño es el capricho; vivirá como deseas en tu compañía. Mi chambelán cuidará de este asunto. ¿Deseas algo más?

—Sólo deseo serviros como vuestra bondad se merece.

—Eres despierto, amiguito, y harás fortuna en la corte—replicó complacido el monarca, que mandó buscar al chambelán para que se hiciese cargo del vagabundo.

* * *

En cuanto salió de la regia cámara, rogó Gerineldo al panzudo personaje que le permitiese bajar á la portería y recoger á *Cresta de oro*.

El chambelán, socarrón y dado á hacer chistes malos, al enterarse de lo que era *Cresta de oro*, le dijo:

—¡Quién hubiera entrado en la corte como tú entras, alzando el gallo...! Harás carrera, doncel, harás carrera...!

Indecible fué el espanto del portero al oír que le pedían el animalito y no encontrarle en la portería. Véase ya el pobre hombre haciendo muecas en público, colgado de una horca.

—¡El gallo...! ¡Dios mío...! ¿Dónde estará el gallo...? ¡Maldito bicho...!—gruñó, y dirigiéndose al chambelán, balbució:—Señoría, ha poco saltó al jardín, y cuanto más le decía yo: "¡Pío, ¡pío!", más corría.

—Bueno, hombre, bueno, le buscaremos—repuso la señoría. Y al advertir que su acompañante recogía el violín, le preguntó:—¿Eres músico?

—No, señor, sólo rascatripas.

—Alabó tu modestia. ¿Y para qué recoges ahora ese violín...?

—Para tocarle.

—¡Diablo! ¿Me quieres regalar los oídos...?

—No, señor; quiero llamar á *Cresta de oro*.

—¡Sí que es original la manera de llamar á su gallo...!

V

GERINELDO LLORA LA INGRATITUD DE "CRESTA DE ORO"

A pesar de arrancar á su instrumento las notas mas agudas y chillonas, *Cresta de oro* no comparecía. El chambelán tapábase las orejas, y el rascatripas tenía el corazón metido en un puño. ¿Dónde se encontraría el demonio del gallo...?

Habían recorrido gran parte del jardín sin dar con el fugitivo. Desconfiaban ya de encontrarle, cuando, con inmensa alegría del vagabundo, apareció *Cresta de oro* en brazos de una joven de angelical hermosura, de rostro pálido y enfermizo y ojos que nublaba la melancolía.

Continuará.



LA SENCILLEZ DE LO MARAVILLOSO

VI

Durmieron Urso y Pipá en unas preciosas camas formadas de nubes que flotaban en el aire balanceándose dulcemente al son lejano de una música melodiosa.

Cuando se levantaron al día siguiente fueron con las hadas á recorrer los campos que tanta curiosidad inspiraban á la niña. Eran, con efecto, sorprendentes.

Inmensos terrenos aparecieron ante la mirada de los pequeñuelos, en los cuales se admiraban las célebres espigas de oro en cantidades fabulosas, y, rompiendo el dorado espectáculo, se veían diseminados grupos de flores de un azul purísimo, con simientes de brillantes; esto es, las flores de la dicha, que habían motivado la llegada de los niños al castillo.

—¿Sembrarán semilla de oro?—preguntó Urso, que ya conocía las faenas campestres.—¿Quiénes trabajan estos campos?

—Aquéllos—dijeron las hadas, señalando á multitud de hombres y niños que comían no muy lejos de allí.

—¿Y siembran oro?

—Siembran trabajo.

—¿Y cómo salen espigas de oro? ¿Por arte de encantamiento?

—No—dijeron las hadas.—Por las semillas *constancia* y *laboriosidad*. Los que allí veis, no desmayan en su labor; trabajan sin tregua; no sienten desfallecimientos del ánimo ni de la voluntad; no saben lo que significa la palabra *holganza*; fían todo al éxito, al santo trabajo, y la madre tierra, amorosa siempre, y sólo infecunda para los hijos ingratos y olvidadizos, premia su noble afán, dándoles es-

pigas de oro, como lo premia siempre que con entusiasmo y continuo trabajo y celo se la labora; pues esto que tanto os maravilla; estos inmensos campos dorados que causan vuestra admiración, no son más ni menos que los que vosotros tenéis en los *años buenos*; años en que quizá el cuidado ha sido más exquisito, la labor más constante, el afán de aprender adelantos de agricultura más intenso. Frecuentemente los humanos culpan á la tierra de que no les da ópimos frutos, y frecuentemente también carecen sus quejas de fundamento, puesto que algo les ha quedado por hacer para sacar provecho de ella; mucho que estudiar, para seguir avanzando en descubrimientos beneficiosos, y no poco que enmendar en su constante desidia. El trabajo es la semilla más fecunda y poderosa, y no se da el caso de que quienes con constancia, esperanza y celo la emplean no recojan el fruto de sus afanes y vean tornados sus dominios en campos de oro que los concede la pródiga Naturaleza.

Los niños escuchaban atentos la explicación de las hadas, y al fin, se dijeron en un momento que estuvieron solos:

—¿Sabes, Urso, que esto es muy sencillo?

—¿El qué, Pipá?

—Pues esto de que salgan estas espigas que tanto nos maravillaban.

—Sí, porque mira, Pipá; me acuerdo ahora de que el año pasado tuvimos un *año malo*, y resulta que papá se enteró de que sus obreros no habían hecho las cosas bien y hasta despidió á muchos de ellos, porque decía que por haber sembrado tarde, por haberse descuidado en no sé cuantas cosas, la cosecha fué mala.

—¡Sí, sí!—agregó Pipá.—Y yo he oído decir á mamá que un año que tuvo unos mozos de labor muy buenos, fué un *año de oro*. Y eso se conoce que es lo que quiere decir lo que explican las hadas.

—¡Claro! Si aquí siempre son buenos y trabajan... trabajan... trabajan... y aprenden cosas de riegos y de siembras y de cultivos... ¡siempre serán años de oro!

Los niños volvieron á recorrer aquellos maravillosos terrenos, y vieron que todos los hombres y niños cumplían su obligación sin tregua, alegres y dichosos al parecer; mas sin soltar los aperos de la labranza ni un solo momento.

—¡Qué trabajadores!—dijo Urso, mientras Pipá se entretenía en hacer ramos con las flores de dicha que halló á su paso.

M.^a ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO.



UN PASEO POR LA HISTORIA DE ESPAÑA

IX

Qué rey es éste, Juanito?

—Enrique II.

—Puedes empezar cuando quieras á decirme su historia, porque ésta, seguramente, la sabes de carretilla.



ENRIQUE II

—Enrique II, de Castilla, llamado el *Bastardo*, hijo de Alfonso XI y de doña Leonor de Guzmán, ocupó el trono después de asesinar en Montiel á D. Pedro I, ayudado por la traición del francés D. Beltrán Duguesclín. Desde que empezó á ser hombre ambicionaba ser rey, y para ello luchó varias veces con su hermano, refugiándose en Francia después de cada tentativa, hasta que por fin logró su propósito de la manera y con la ayuda que quedan indicadas. Durante su reinado anduvo en guerras con los pueblos que no quisieron aceptar su poderío; peleó también con el rey de Portugal y ayudó al de Francia contra los ingleses prestándole dos armadas. Y nada más.

—Se ve, por el relato, que tu profesor es un entusiasta de don Pedro I, el *Cruel* ó el *Justiciero*, que de ambos modos se conoce al hermano de D. Enrique de Trastámara. Pero la verdad sea dicha, y censurando como se merece la traición de Montiel, este D. Enrique fué un buen rey, que procuró la dicha y el engrandecimiento de su pueblo y lo consiguió, según aseguran graves historiadores. Si mostró gran saber como guerrero, no mostró menos prudencia en la paz. Dió buenas leyes en las Cortes de Toro... Y, en fin, se le llama también el *de las Mercedes*, lo cual algo significa. Bueno es que lo sepas también, como reverso de la medalla.

—Don Jenaro dice que no puede apartarse de su memoria el recuerdo del fratricidio.

—¡Lo mismo se lee en algunas historias!

Ayuntamiento de Madrid

—Y que su crimen no se olvidará nunca.

—Eso es verdad; pero no quita exactitud á lo que acabo de decirte... ¡En fin...! No hay duda que una de las cosas que deben reformarse es la Historia, ó mejor dicho, su enseñanza. Es preciso que nos ciñamos á los hechos, sin dejarnos llevar de la simpatía ó antipatía que nos inspiren los personajes.

—Eso me parece bien.

—¿Verdad?

—¿Quieres que se lo diga á D. Jenaro?

—No. Es una reflexión mía que por ahora no tiene propósito de reformar nada.

—Bueno, papá... Aquí tienes á Teodoredo.

—Muy señor mío... Eso quiere decir que eres tú quien me pregunta por su vida y milagros, en vez de ser el preguntado.

—Naturalmente.

—Y ahora soy yo quien se ve en un aprieto, pues apenas recuerdo nada de él...

—¡Algo sabrás, porque tú lo sabes todo!

—Gracias por el elogio, hijo mío; pero en esta ocasión es exagerado... Teodoredo fué elegido rey á la muerte de Valia.

—¿Elegido?

—Sí, Juanito... ¿No recuerdas que la visigótica era monarquía electiva...? ¡Una especie de república, como si dijéramos...! Teodoredo se pasó la vida guerreando con los hunos y...

—Y con los otros...

—¡No hagas chistes malos...!

—¡No es muy malo!

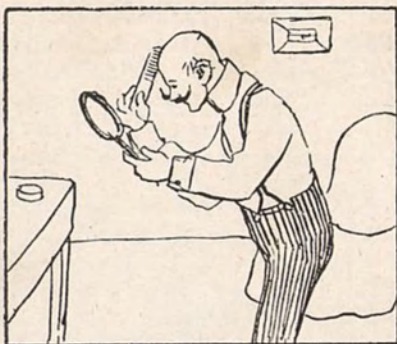
—Sí, hombre, sí...

—Bueno, pues déjalo pasar...

—Bueno, que pase, porque los otros eran los suevos, los vándalos, etc., etc... Te diré, en fin, que Teodoredo no hizo más que luchar, cosa natural después de todo en aquellos tiempos terribles... Ensancho el imperio y murió en el campo de batalla peleando contra Atila, que era un bárbaro, no sólo por sus hechos, sino por su raza. Y ya hemos terminado nuestra misión en el Parterre.



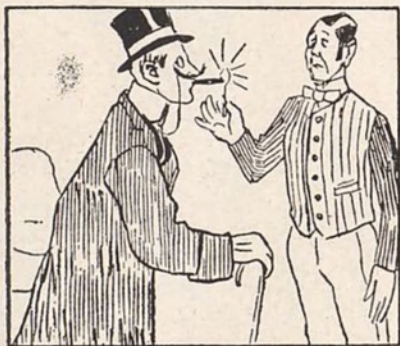
TEODOREDO



1. Manolito se alisó los tres pelos que le quedaban, á pesar de su edad, pues sólo tiene treinta y dos años.



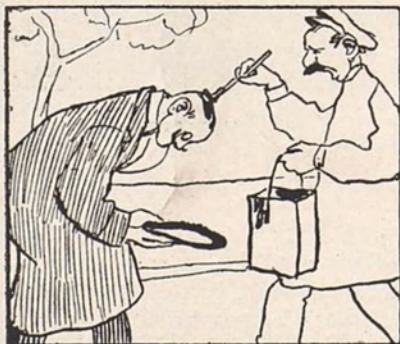
2. Se miró al espejo para ver si estaba, como siempre, bello y se ductor.



5. Encendió un cigarro de buena vitola, y de mejor sabor, y se lanzó á la calle.



6. Iba pensando en las musarañas, y, naturalmente, sin enterarse de nada.



9. Gracias á que al pintor se le ocurrió un remedio heroico...; Pintarle de negro la calva!



10. Manolito se encajó el ala, encontró suplida la falta... ¡De sombrero hongo, pero en fin!



3. Y se puso el gabán de última moda para lucirse y lucirlo en el paseo.



4. Pidió su magnífica chistera, recién planchada, flamante y admirable.



7. Y, ¡pum!, se dió un encontronazo con la escalera de un pintor que le echó abajo la copa del sombrero.



8. —¡ Me ha matado usted...!—le dijo al amigo.—¿Cómo voy ahora sin sombrero?



11. Dió las gracias al causante del atropello por la rápida solución del conflicto...



12. Y siguió su paseo, saludando á diestro y siniestro, para lo cual, después de todo, ¡ con el ala basta !

EL CASTILLO DE NAIPES

FABULA

(FLORIAN)



Un matrimonio joven con dos hijos pasaba en paz la vida reposada en la casa heredada de sus antepasados, allí en calma vivieron retirados. Los goces del hogar entretenían de sus horas los plácidos minutos, ellos de su cosecha recogían los abundantes frutos; el jardín cultivaban, las tardes del estío reposaban bajo el verde follaje, y en el invierno cano, que blanquea los campos y el ramaje, al lado de encendida chimenea. Máximas de virtud, sabiduría y amor con el ejemplo predicaban á sus hijos; el padre concluía con una moraleja de gran peso; la madre, ¡madre al fin!, con tierno beso. El mayor nació grave y estudioso, leía y meditaba juntamente; el pequeño, más vivo, en el juego buscaba su reposo con el placer del que feliz se siente. Una tarde, siguiendo la costumbre, á una mesa sentado, entre el padre y la madre, aquél leía á Plutarco; su hermano, poco dado á la historia, sus ocios distraía haciendo con los naipes un castillo, sin respirar apenas, temiendo que al rastrillo se uniesen derribadas sus almenas. El lector, de repente, se interrumpió, y al padre así le dijo: “¿Por qué á ciertos guerreros igualmente llaman conquistadores ó de vastos imperios fundadores? ¿Hay diferencia entre ellos manifiesta?” El padre meditaba buscando la respuesta, cuando el niño, que su obra terminaba, exclamó entusiasmado batiendo palmas: “¡Bien, ya está acabado!” Menospreciando el brillo de la obra magna, el otro de un solo golpe destruyó el castillo. “Hijo, respondió al pronto el padre ufano, sabe, pues que lo quieres, que en este caso tú eres conquistador, y fundador tu hermano.”

JAYME MARTI-MIGUEL.



RELATOS DE CAZA

UNA LEYENDA

Era la tarde de Jueves Santo del año 1324. En cierta villa castellana de claros y ya rancieros linajes y de historia corta, pero limpia y pura como el curso murmurador de un arroyuelo serrano, disponíanse todos, hidalgos y pecheros, á concurrir á los oficios divinos y á escuchar la santa palabra del anciano arcipreste. Sólo el impío Afán Garcés, dueño del ciclópeo castillo que amparaba al pueblo con su sombra, se entretenía cazando en la próxima sierra.

Con voz bronca é irritada acuciaba al par de lebreles que le acompañaban para que no dejasen barrancos ni breñas por escudriñar; pero todo era en balde, pues no parecía sino que todas las bestias habían emigrado á otras regiones. Afán, lleno al fin de ira y desesperación, se sentó junto á una fuente...

La sierra, en torno suyo, dormía sumida en un hosco silencio. No había brisa que sonara gárrula y alegre entre los jarales, ni pajarillos que gorjearan en los árboles y tampoco se percibían esos mil ruidos distintos que, unidos en un todo orquestal y sublime, forman el canto gigante de la Naturaleza.

De pronto, los ojos erráticos del hidalgo vieron frente á él un hermoso ciervo completamente blanco. Púsose de pie en un salto, requirió una flecha y apuntó... El ciervo, al sentir el certero hierro en

su carne, dió un brinco y se encaminó sierra abajo. Los perros le siguieron de cerca dando furiosos aullidos y Afán corrió tras ellos animándolos con sus voces.

—¡ A él, León...! ¡ A él, Leal...!—gritaba loco de alegría.

Y de vez en cuando le lanzaba nueva silbadora flecha sin que consiguiera volver á herirlo, porque, con asombro, veíalas llegar al lomo del pobre animal y caer inertes é inofensivas al suelo.

Así corriendo, perseguido y perseguidores llegaron á la entrada de la villa, que al fin de la sierra extendía sus pobres casucas. El ciervo, antes de aventurarse por las torcidas callejas, vaciló unos momentos, pero luego siguió su penosa marcha tambaleándose como si estuviese próximo á caer exánime. La iglesia mostró ante ellos sus abiertas



puertas, y la infeliz bestezuela, enloquecida por la agonía, pasólas sin titubear y llegó junto al sagrario, donde cayó... Afán, destocada la cabeza y revueltos los hirsutos cabellos, pasó detrás de ella... Entonces, una fuerza superior á su altiva voluntad le hizo doblar las rodillas; un súbito enternecimiento invadió su corazón y, tapándose el rostro con las manos, lloró en silencio...

Cuando tornó de su ensimismamiento, el ciervo había desaparecido y Afán mezcló sus oraciones á las de los fieles, que le miraban con pasmados ojos.

José A. LUENGO.



LOS GENEROSOS

CONCLUSION

ROB. Pero es el caso, abuelo, que le he roto y no lo sé componer.

D. BEN. ¡Por vida de...! ¡Esa es la más negra! Enséñamele á ver si yo le encuentro la compostura. (*Roberto saca de un cajón, donde le tiene escondido, un juguete hecho pedazos.*)

ROB. Aquí lo tienes.

D. BEN. ¡Hijo de mi alma! ¡Cualquiera compone esto! Pero hombre, ¿por qué lo has roto tanto?

ROB. Como soy pequeño no sé todavía romper bien las cosas.

D. BEN. Esto no tiene arreglo y así no se le puede dar á nadie. Tienes que pensar otra cosa mejor.

ROB. Romper otro con mucho cuidado.

D. BEN. Aún hay otra cosa mejor; piensa á ver si se te ocurre.

ROB. ¡Otra cosa mejor! (*Roberto*

medita un instante.) Abuelo.

D. BEN. ¿Qué?

ROB. ¿Otra cosa mejor?

D. BEN. Sí, hijo mío.

ROB. Pues lo mejor sería darles uno nuevo, sin que lo viese nadie.

D. BEN. ¡Bravo, Robertín! ¡Viva mi Roberto! Ya sabía yo que tú eras aquí el más generoso, el generoso de veras.

ROB. ¿Te parece que haga eso?

D. BEN. Sí, hijo mío; que le des uno nuevo, pero no á escondidas, sino delante de todo el mundo.

ROB. ¿Y si me regañan?

D. BEN. Ya se guardarán de reñirte por eso estando yo aquí. Pues no faltaba más. Anda, anda á buscar el juguete, que los Reyes en cuanto se enteren del bien que has hecho te van á traer otros preciosos. ¡Yo te respondo!

ROB. (*Sale corriendo y en la puerta tropieza con Roque que*

llega.) En seguida vengo y te vas á alegrar mucho.

D. BEN. ¡Hola, Roque! ¿Qué traes ahí tan empapelado?

ROQUE. (*Mostrando un gran cucurucho de papel.*) Un ramillete de flores para Manolita. Lo traigo así para que no se estropee, porque es flor fina. ¡Le ha costado á mi madre más trabajo encontrarla en este tiempo! Es el regalo de mi hermana Petrilla. Ella, en cambio, trae el del señorito Luis, que es una cartera que me han dado en el colegio de premio.

D. BEN. ¿Y qué te has hecho de la vieja?

ROQUE. La he dejado en la antesala, porque está muy vieja y muy rota.

D. BEN. ¡Magnífico! Ve por ella. (*Salé Roque.*)

ESCENA V

D. BENITO y PETRILLA.

PET. ¡Muy buenos días tenga usted!

D. BEN. ¡Hola, Petrilla! ¿Traes la cartera, verdad? Déjala aquí y corre á la esquina y dí á la mujer del puesto de flores de mi parte, que te ate con un cintajo unas cuantas flores que tenga secas y tráelas á escape.

PET. Voy corriendo. (*Sale.*)

ESCENA FINAL

D. BENITO, ROBERTO, que entra con un juguete nuevo; LUIS, que trae los suyos compuestos, y MANOLITA, que hace lo mismo.

D. BEN. Adelante, hijos míos; las buenas acciones no quedan sin recompensa, y los niños á quienes vais á favorecer estas Pascuas, anticipándose á vuestros regalos, os han traído los suyos.

MAN. ¡Pobres muchachos! ¡Qué buenos son!

LUIS. La verdad es que merecen cualquier cosa.

(*Entran Roque y Petra con sus encargos.*)

D. BEN. Traed, que yo haga la distribución. Roque y Petrilla, agradecidos á vuestros regalos, en cuanto lo han sabido, os trajeron: á ti, Roberto, que les das un juguete nuevo, este ramo de flores finas y frescas y esta cartera para libros, nueva también. A ti, Manolita, por tus muñecas rotas, este otro ramo.

MAN. Están secas.

D. BEN. A la altura de tus muñecas. Y á ti, Luis, esta cartera.

LUIS. ¡Qué usada y qué vieja!

D. BEN. Como tus juguetes. La generosidad no consiste en regalar lo que se va á tirar, sino lo que se estima en algo.

CAE EL TELON



ESPAÑOLAS ILUSTRES

DOÑA CONCEPCION ARENAL

En la más pintoresca región de España, en la tierra cuyas costas acarician las plateadas ondas del Atlántico, en ese extremo de la península que engalana la Naturaleza con las frondosidades de los pomposos castaños, con la elegante esbeltez del maizal y con la sombra de los parrales que adoselan ríos que bajan de las fértiles montañas, murmurando canciones de amor y de dulce y soñadora melancolía, en la ciudad de El Ferrol, en la bellísima Galicia, tuvo su cuna, en 1820, la extraordinaria mujer doña Concepción Arenal. Niña aún, á la edad de ocho años, quedó sin padre, y viuda, á los pocos de su único matrimonio. Probada por todas las desgracias, entregada á sus fuerzas y rodeada de sus pequeñuelos, les consagró en exclusivo su amor, disponiéndose á preparar su porvenir.

Por sí misma iniciada y formada en el estudio y el trabajo, adquirió profundos y serios conocimientos, entregando toda su hermosura y elevada alma á la cultura y al bien de sus semejantes, poniéndolo

en práctica, como una santa, ora en el hospital de Cenicero, ora en los hogares más sombríos y miserables del pueblo, ó bien señalando en escritos que la harán inolvidable la senda que se debe seguir para aliviar la pena ajena, para llevar algún consuelo á la sociedad corrompida y que se encenaga en el crimen. Era una sacerdotisa de la verdad y del bien, y todas sus publicaciones, hijas ilustres de su corazón y pensamiento, representan un apostolado incansante y generoso en pro de los más altos intereses de la humanidad y de la patria. No fué sólo un poeta y un filósofo, gloria de las ciencias y letras, sino un dechado de virtudes. Como su maestro Quintana, se inspiraba en el odio á todas las tiranías y da prueba patente de ello en la oda *La esclavitud*, laureada con el primer premio en el gran Certamen celebrado en Madrid en 1866.

No por esta sola obra merece ser tenida por un gran poeta, sino por sus cantos líricos *A Méndez Núñez*, *A Don Alfonso XII* y *España en Africa*, que son notables.

Tenía tanto cariño á la humanidad, que alzó la voz contra la guerra en una colección de narraciones intituladas *Cantos de la guerra*. En todos los géneros poéticos dejó brillar su inspiración, pero en ninguno sobresalió como en el lírico.

Su labor literaria y científica fué tan intensa como bien recibida; desde 1853 á 1855 se dedica al periodismo político, escribiendo en el diario *La Iberia*; por espacio de catorce años colabora en la revista *La voz de la caridad*; la Academia de Ciencias Morales y Políticas, en dos solemnes ocasiones, declara como obras dignas del mérito sus trabajos *La beneficencia*, *la filantropía y la caridad* y *La instrucción del pueblo*; su libro social, *Manual del visitador del pobre*, alcanza tal popularidad en España como fuera de ella, y es traducido al francés, inglés, italiano, alemán y polaco; en los Congresos de Stokolmo, Roma y San Luis (Estados Unidos) obtiene señalados triunfos y fama, sobre todo, en el último, por su estudio *Los niños abandonados*, que se publicó en inglés por acuerdo de la alta Asamblea; y, finalmente, entre los tratadistas extranjeros de ciencia jurídica se la da autoridad, y entre los nacionales bien puede unirse su nombre al de los grandes jurisconsultos y penalistas D. Joaquín Francisco Pacheco y D. Manuel Silvela.

La sociología la recordará siempre en sus anales de oro. Esta es, á grandes rasgos, doña Concepción Arenal, española insigne que supo ser honesta, ilustrada, sabia y ganarse el respeto de sus contemporáneos y la admiración del mundo. Buena hija, espejo de madres, mujer sublime y llena de caridad, era la compañera ideal, más que por su inteligencia, que la tenía de primer orden, por la virtud que en toda su vida y escritos resplandece. Murió en 1893.

ENRIQUE PACHECO Y DE LEYVA.